

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

66-69

ENERO-DICIEMBRE

1958

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:
DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:
MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:
Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto.	\$ 4.00
Número atrasado	„ 5.00

Sumario

ARTICULOS

Francisco Larroyo.	<i>La influencia de la pedagogía francesa en México .</i>	13
Alfonso Reyes.	<i>Las supervivencias en la religión griega</i>	25
Rafael Moreno.	<i>El humanismo pedagógico y moral de Alfonso Reyes.</i>	37
Dr. Ricardo Guerra	<i>Ramos y sus discípulos. .</i>	49
Santiago Vidal Muñoz	<i>La responsabilidad del filósofo en el mundo actual.</i>	59
Leopoldo Zea.	<i>El positivismo en Iberoamérica</i>	67
Robert S. Hartman	<i>Aspectos éticos de los satélites</i>	75
Emilio Uranga.	<i>El proceso del Ser (Feuerbach contra Hegel) . .</i>	91
G. de la Lama de González.	<i>El pensamiento de Guadapada.</i>	101
Francisco Monterde	<i>El presentimiento de los viajes interplanetarios en la literatura universal . .</i>	109

Amancio Bolaño e Isla	<i>Los problemas lingüísticos derivados de los satélites artificiales</i>	119
Fryda Schultz de Montovani. . .	<i>Amor y tragedia de Larra.</i>	127
José Almoína '	<i>Los testamentos de Erasmo.</i>	135
Joaquín Antonio Peñaloza . . .	<i>Aires clásicos del Polifemo de Góngora.</i>	167
Aurelio Espinosa Pólit (S. J.).	<i>De la Eneida (cinco pane- les)</i>	175
Pedro Urbano González de la Calle.	<i>Contribución al estudio de las epístolas atribuidas a Salustio y rotuladas (Ad Caesarem senem de re pu- blica)</i>	197
Paciencia Ontañón de Lope. . .	<i>La despedida en los corridos y en las canciones de Mé- xico</i>	245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Pedagogía de la Enseñanza Superior (Francisco La- rroyo)</i>	257
Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Didáctica de la Filosofía (J. M. Villalpando N) . . .</i>	260
Luis Recasens Siches.	<i>Instante, querer y realidad (Luis Abad Carretero) .</i>	264

Roberto Caso Bercht.	<i>Estudio acerca de la axiomática del valor</i> (Theodor Lessing).	269
Miguel Bueno.	<i>Historia de la Filosofía Moderna</i> (Francisco Romero)	271
Miguel Bueno.	<i>Diccionario de Filosofía</i> (José Ferrater Mora).	273
Mtro. J. Hernández Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i>	275

AIRES CLASICOS DEL POLIFEMO DE GÓNGORA

1. *El Olimpo en desorden*

Don Luis de Góngora anuncia la buenaventura aun con la mala estrella del número trece. Esta octava del Polifemo es explosiva. El trueque de los símbolos, el caprichoso cambio de los dioses, el caos en el cosmos. El Poeta se atreve con el Olimpo. Y, sin embargo, la aparente disonancia en la mitología, culmina con el son más dulce y acordado.

Después que, en estrofas anteriores, ha descrito con robustos trazos la imagen de Polifemo, Góngora dibuja la increíble hermosura de Galatea.

*Ninfa, de Doris hija la más bella,
adora, que vio el reino de la espuma . . .*

El verbo, sin sujeto expreso, alude al "fiero jayán"; es Polifemo que adora a la Ninfa Galatea. Ella irrumpe con su belleza superlativa, gracias al hipérbaton que la hacè inaugurar la octava, y al latinismo que, al suprimir el artículo, enhiesta y aísla la figura solitaria de Galatea.

Ninfa —de Doris hija la más bella—.

En la *Fábula* de Góngora, "el mar siempre empieza" —¡oh! Valéry— casi podría decirse que es un poema marino y que, como en *Las Soledades*, el cordobés no olvida su terca obsesión por el agua. Así, surge Doris, madre de aquellas ninfas que entrelazan su cabellera de perlas y que, al cabalgar sobre la alegría de los delfines, llevan en sus manos ramos del "más tierno coral". ¿Cuándo el mar tuvo otro nombre de tan imperial belleza, "el reino de la espuma"?

*Galatea es su nombre, y dulce en ella
el terno Venus de sus gracias suma.*

En dos versos se agolpan dos latinismos más: "dulce", el adjetivo latino en funciones de adverbio —dulcemente, amigablemente y favorablemente—; y "suma", con su clásico significado de "reúne".

Venus, hecha de cielo y mar, soberano símbolo del amor y la belleza, ha concedido a Galatea el don de las tres gracias.

Pero no son las tres Gracias del orden mitológico, las tres vírgenes que a Venus deben el atractivo que ellas, a su vez, dispensan a los mortales. Son tres gracias del orden poético, nacidas en el propio cielo de Góngora, hijas exclusivas de su fantasía, o de sus ojos andaluces enamorados del color y de la luz.

Las tres gracias que se reúnen en Galatea son el cristal, la blancura del cisne y el azul dorado del pavorreal. De esta alquimia poética se forma la belleza de Galatea. Al sumar el agua, que es puro cristal, el cisne que es albura sin mancha, y el pavo de fastuoso plumaje, resulta, ya única y total, Galatea deslumbradora.

*Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma.*

Fue costumbre de los clásicos centrar en los ojos la fisonomía y el asomo del alma. (Cicerón, preceptista, recuerda que la fuerza mímica del orador radica en el impacto de sus miradas.)

Los ojos de Galatea son estrellas. A primera vista, la metáfora es tradicional, acaso pareciera elemental dentro del arte repujado y denso de Góngora. Pero he aquí que lo que, en un principio, era sencilla metáfora —"las estrellas son ojos"—, se convierte en un complicado juego de imágenes; porque ahora son "lucientes ojos de su blanca pluma".

Estos ojos ya no son los de Galatea, con reflejos de estrella. Son los ojos del pavorreal, los círculos luminosos de su plumaje.

Y, como para acabar de desconcertarnos, los ojos del pavorreal están dibujados sobre "blanca" pluma, cuando su plumaje de casullas litúrgicas es entre azul y verde, irisado y fantástico.

Los círculos, los ojos, no están sobre la pluma verdeazul del pavo, sino en las alas blancas de los cisnes. Son ojos azules sobre plumaje imaculado. Porque Galatea es un cisne sin dejar de ser pavo; es blanca, pero con llamas versicolores. Ella posee al mismo tiempo las más encontradas bellezas.

El enigma de estos versos radica en el verbo "sumar": unidad de lo diverso —fórmula agustina de la "pulchritudo"—, producto único de los sumandos disímiles.

He aquí el proceso y la complejidad de las metáforas: las estrellas son los ojos de Galatea, los ojos son los del pavo, los ojos del pavo están sobre la pluma del cisne.

Y cuando pareciera que el problema quedara descifrado, Góngora concluye con una nueva tiniebla fascinante:

*Si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno.*

¿Qué queréis que signifique Galatea? ¿Qué os gusta para que semeje su hermosura? Góngora derrochador nos ofrece tres imágenes; que cada cual elija.

Si os parece, Galatea puede ser como roca de cristal de Neptuno; pero si preferís, su hermosura iguala al pavón de Venus. Todavía os ofrezco una nueva opción, ella es un cisne de Juno.

Entre el cristal, el cisne y el pavorreal, elegid el símbolo. Que, al fin, dulce en ella, "el terno Venus de sus gracias suma".

El pavo fue el símbolo de Juno, como el cisne de Venus. Pero si se ha confundido el plumaje azul del pavo con el albo plumaje del cisne, qué más da que se confundan los símbolos de los dioses, y que los dioses mismos se alteren. La lógica poética simplemente apura las consecuencias.

Por eso Galatea es pavón de Venus en vez de ser pavón de Juno; y cisne de Juno, en lugar de cisne de Venus.

El último verso de la octava es un verso paralelo al conocido verso sexto:

*lucientes ojos (pavo) de su blanca pluma (cisne) . . .
pavón de Venus es, cisne de Juno.*

Mediante este entrecruzamiento, Góngora logra expresar la triple y sola irradiación de Galatea. De tal manera en ella se combinan la transparencia del cristal, la policromía del pavo y la albura del cisne, que las tres gracias desaparecen, ya unificadas, en un mismo caleidoscopio ideal.

Tal es el arte de Góngora, un arte sin caprichos, donde toda palabra y toda metáfora, por disonante y rara que parezca, puede justificarse plenamente.

*Ninfa, de Doris hija la más bella,
adora, que vio el reino de la espuma.
Galatea es su nombre, y dulce en ella
el terno Venus de sus gracias suma.
Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma:
si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno*

En prosa holgada, esta octava podría expresarse así: Polifemo adora a una Ninfa, la más bella hija de Doris que pudo ver el mar. Se llama Galatea. Venus favorablemente reunió en ella estas tres gracias: la transparencia del cristal, el azul dorado del pavorreal y la blancura del cisne. Cual luminosas estrellas son sus ojos; ojos azules como los que lleva el pavo, pero ojos que están estampados sobre las blancas plumas del cisne. Ella es translúcida como el cristal de roca de Neptuno; o, si queréis, como un pavorreal que no deja de ser cisne; o, en fin, como un cisne que a la vez es pavorreal. Ella es azul y blanca y cristalina; todo al mismo tiempo, de diversa y única hermosura.

2. Nueva efigie de Galatea

La octava 46 es un eco de la maravillosa octava 13, pero sin el complicado juego de las metáforas, ni su estallido lírico.

Acaso la complejidad de la octava 13 provenga de que, en esta vez, es el propio Góngora quien dibuja a Galatea, mientras que en la octava 26, mucho más sencilla y comprensible, es Polifemo el que evoca a su amada.

Desde una brava roca, donde el Gigante otea los horizontes, cual "árbitro de montañas y riveras", ensaya con su flauta el himno trágico:

*¡Oh bella Galatea!, más siave
que los claveles que tronchó la Aurora,
blanca más que las plumas de aquel ave
que dulce muere y en las aguas mora;
igual en pompa al pájaro que, grave,
su manto azul de tantos ojos dora
cuantas el celestial zafiro estrellas,
¡oh tú que en dos incluyes las más bellas!*

Las diferencias entre una octava y otra aparecen fácilmente, aunque en ambas los materiales poéticos sean los mismos: el cisne, el pavo y las estrellas.

1) En la octava 13, estos materiales se ofrecen como atrevidas metáforas, en tanto que en la 46 son simples comparaciones: Galatea es más dulce que el cisne e igual en pompa al pavorreal.

2) En la octava 13, los materiales poéticos se encabalgan uno sobre otro para lograr una fusión total. En la octava 46, aparecen sucesivamente aislados, diversificados.

3) En la octava 13, estos tres elementos solamente se nombran, se evocan, se toman en cuanto sirven como símbolos, pero sin que distraigan la atención que converge, exclusiva, en Galatea. En la 46,

el Poeta se detiene en cada uno de aquellos elementos. Allá fue el nombre, el símbolo puro; aquí, el contorno, lo accesorio, lo adjetival. El cisne mora en el agua y muere cantando. El pavo es pomposo, grave y azul. En aquella octava, apenas asoman sus "lucientes ojos"; pero aquí es todo el pavo, hierático, que discurre como una procesión —tal como lo miró José Juan Tablada en su primoroso hai-kai—, revestido de un manto azul, dorado de luceros.

4) En la octava 46 —¡oh la agreste incultura del Pastor!—, no existe ninguna alusión a la mitología grecolatina. Pero en la 13, fulge una constelación de divinidades: Doris y Venus, Neptuno y Juno, las Ninfas y las Gracias. De este universo caduco, y acaso muerto, Góngora logra golpes de luz y símbolos vivientes. No es Venus lo que interesa al Poeta, ni los dioses y sus aventuras; sino su evocación de hermosura, el solo impacto poético. La mitología: un trampolín para la fuga lírica.

En medio del Olimpo, Góngora no olvida su tierra y su sangre de Córdoba:

*¡Oh bella Galatea!, más suave
que los claveles que tronchó la Aurora.*

El amanecer, personificado —con mayúscula—, se levanta sobre una alfombra de flores encendidas que va tronchando; como aquel otro verso, más suave, en que Galatea despierta, como esta Aurora, y empezando a caminar por las verdes márgenes del arroyuelo.

seguir se hizo de sus azucenas (octava 28).

3. El viejo Sol de los Clásicos

*Su aliento humo, sus relinchos fuego
—si bien su freno espumas— ilustraba
las columnas, Etón, que erigió el griego,
do el carro de la luz sus ruedas lava,
cuando, de amor el fiero jayán ciego,
la cerviz oprimió a una roca brava,
que a la playa, de escollos no desnuda,
linterna es ciega y atalaya muda.*

Esta es la octava 43 con que empieza la segunda parte de la *Fábula*.

En esta parte, Polifemo entona un cántico a Galatea; para convencerla de amor, le va mostrando las cualidades que tiene, su her-

mosa voz o su prosapia, su altura o su opulencia, y aun su increíble piedad y misericordia.

Al canto antecede un prelude, que aprovecha Góngora para situar la hora y el lugar de los acontecimientos. Tal es la intención de la octava 43.

Fue el Sol, entre los griegos y romanos, asiduo y magnífico material de poesía. Desde el Padre Homero, el amanecer y el atardecer ilumina sus preocupaciones líricas. Pero acaso ninguno como Ovidio, en el segundo libro de las *Metamorfosis*, se complació en describir el palacio del Sol.

Góngora recurre a un viejo motivo, que parecería petrificado por los siglos. No le importa, si el tema mismo de todo el poema venía rodando desde las nieblas de la tradición grecolatina. Para Góngora, la novedad no radica en el tema o en la imagen, sino en su tratamiento.

Con un ideal de superación, acrecienta la herencia recibida. Y el hallazgo poético consiste en el modo inigualable con que renueva y perfecciona.

Toma el último anillo de una larga y fértil tradición de atardeceres, y es el suyo tan radiante o más que el de los versos ovidianos.

Su aliento humo, sus relinchos fuego.

Es la irrupción de lo grandioso mediante fórmulas airosas y prensadas. Góngora no menciona al Sol, ni lo presenta en su tradicional círculo. La superación lírica estriba en describir el todo por una de sus partes. En lugar del Sol, piafa en el horizonte un caballo. Es Etón, el cuarto de los caballos que conducen el carro del Sol.

Etón es el sujeto de la oración. Para describirlo, el Poeta recurre a tres ablativos absolutos —frases tensas, solitarias, dinámicas: su aliento humo, sus relinchos fuego, su freno espumas.

Con una concisión del mejor Horacio, Góngora ciñe la comparación hasta dejarla en el más extremo límite de la metáfora casi pura.

Aliento, relinchos, freno: he aquí el caballo del Sol, representado en sus rasgos más plásticos y vivos.

Como en la octava segunda, Góngora no puede ver el freno de un caballo sin matizarlo con la nota blanca de la espuma:

*Tascando haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma (octava 2).*

En vez del Sol, un caballo; en vez del caballo, humo, fuego y espuma. He aquí la voluntad de superación en Góngora.

Vuelven los latinismos de léxico. Etón "ilustraba", es decir, iluminaba las columnas de Hércules, que están al Occidente.

AIRES CLÁSICOS DEL POLIFEMO DE GÓNGORA

Hay aquí todo el misterioso encanto, la sutil caída de un atardecer, la aparente desaparición de la luz por el entornamiento de los ojos de la Amada.

En la octava 43, apenas pudo el mar ocultar al viejo Sol prepotente; basta aquí la blandura del sueño para que se apaguen, no uno, sino dos soles. Atardece en Galatea...

*Su boca dio, y sus ojos, cuanto pudo,
al sonoro cristal, al cristal mudo.*

Acis, sediento por el bochorno de la hora, puso su boca en la rumorosa corriente del arroyo, cristal sonoro; y fijó sus ojos, lo mejor que pudo, hasta donde le fue posible, en la hermosura, como de cristal, de Galatea enmudecida por el sueño. Duplicado cristal y doble sed del cuerpo y del espíritu.

"Su boca dio." Góngora tiene señalada predilección por el verbo "dar"; en su arte munificente y generosa, todo lo da, rico en la sintaxis, derrochador de recursos, fantástico en la imagería. Contad las veces que Góngora usa el verbo dar.

El verso final, como suele ser frecuente en la clausura de casi todas las octavas de la *Fábula*, es el verso de clara estirpe renacentista, partido en dos y, en este caso, bipartito en antítesis: "al sonoro cristal, al cristal mudo".

La doble sed que consume el ardor del galán predestinado a la tragedia de convertirse en río.

Verano y amor fúndense en un mismo clima de altas temperaturas líricas. Para que no se diga que los clásicos no supieron, jamás, fundir el paisaje con el alma.

Verso final que acaso sea vivo símbolo de la poesía del Padre Góngora, musical y escultórico, sonoro cristal y cristal mudo.

JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA.